

Homilía de XXXIII Domingo del tiempo ordinario

Año litúrgico 2013 - 2014 - (Ciclo A)

“A uno le dio tres talentos, a otro dos... a cada cual según su capacidad. ”

Introducción

Hoy, penúltimo domingo del Año Litúrgico, la Palabra de Dios nos invita a una actitud activa en la vivencia de nuestra fe. Jesús, con su palabra y testimonio, nos interpela a desarrollar los talentos que el Padre nos ha dado, las capacidades humanas que nos permiten crecer como personas y hacer productiva nuestra vida siendo solidarios con los demás.

El creyente no mira con indiferencia este mundo. Al contrario, lo contempla como en lugar en el que Dios nos invita a colaborar con Él para la extensión del Reino, su proyecto salvador para toda la humanidad, por el que vivió y murió Jesús. Un Reino de justicia, igualdad y paz. Un Reino que, si bien no es de este mundo, busca transformarlo y encuentra su plenitud en la otra vida.

La participación en la Eucaristía nos permite renovarnos interiormente para superar las actitudes que nos paralizan en el compromiso de nuestra fe. A su vez, encontramos la fuerza necesaria para no desfallecer en el empeño por hacer de nuestra sociedad el hogar de todos, sin excluidos ni explotados.

Ojalá que al final de nuestra vida, Dios nos pueda decir: “Muy bien, empleado fiel y cumplidor, pasa a la fiesta de tu Señor”.



Fr. Rafael Colomé Angelats O.P.
Convento San José. Buenos Aires (Argentina)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del libro de los Proverbios 31, 10-13. 19-20. 30-31

Una mujer fuerte, ¿quién la hallará? Supera en valor a las perlas. Su marido se fía de ella, pues no le faltan riquezas. Le trae ganancias, no pérdidas, todos los días de su vida. Busca la lana y el lino y los trabaja con la destreza de sus manos. Aplica sus manos al huso, con sus dedos sostiene la rueca. Abre sus manos al necesitado y tiende sus brazos al pobre. Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura; la que teme al Señor merece alabanza. Cantadle por el éxito de su trabajo, que sus obras la alaben en público.

Salmo

Sal 127, 1-2. 3. 4-5 R/. Dichoso el que teme al Señor.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R/. Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R/. Esta es la bendición del hombre que teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sion, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R/.

Segunda lectura

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Tesalonicenses 5, 1-6

En lo referente al tiempo y a las circunstancias, hermanos, no necesitáis que os escriba, pues vosotros sabéis perfectamente que el Día del Señor llegará como un ladrón en la noche. Cuando estén diciendo: «paz y seguridad», entonces, de improviso, les sobrevendrá la ruina, como los dolores de parto a la que está encinta, y no podrán escapar. Pero vosotros, hermanos, no vivís en tinieblas, de forma que ese día os sorprenda como un ladrón; porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Así, pues, no nos entreguemos al sueño como los demás, sino estemos en vela y vivamos sobriamente.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Mateo 25, 14-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: «Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus siervos y los dejó al cargo de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó. El que recibió cinco talentos fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno fue a hacer un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Al cabo de mucho tiempo viene el señor de aquellos siervos y se pone a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: “Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco”. Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: “Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos”. Su señor le dijo: “Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu señor”. Se acercó también el que había recibido un talento y dijo: “Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces, tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo”. El señor le respondió: “Eres un siervo negligente y holgazán. ¿Conque sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrará, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese siervo inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes”».

Comentario bíblico

Este “penúltimo” domingo del año litúrgico nos mete de lleno en la esfera religiosa escatológica; nos instruye y nos motiva a pensar en las últimas cosas de la vida, esas sobre las que no queremos hablar casi nunca, porque nos parece que no forman parte de nosotros mismos; como si fueran de otro mundo. Sin embargo, la liturgia nos recuerda que son del nuestro, de nuestra intimidad más profunda a la que debemos asomarnos con fe y esperanza. Existen las últimas cosas, que llegan cuando nuestra vida, aquí, ya se ha agotado. Por ello, nos permitimos una reflexión de más alcance sobre el concepto bíblico de “parusía” que impregna el sentido de las lecturas de este día:

1) La palabra griega que sustenta este concepto no es directamente bíblica, sino que está tomada del helenismo donde significaba la «visita» o la «presencia» del rey en una ciudad. Si un rey o un gran mandatario visitaba una ciudad, se

hacían grandes obras para el momento, se preparaban fiestas con alabanzas y sacrificios en los templos; a esto se le llamaba «parusía». E incluso viene a simbolizar una nueva era para la ciudad o para la provincia o territorio. De ahí la tomaron los cristianos, sin duda, ya que aparece muy poco en el AT (cuatro veces en la Biblia griega de los LXX). Su sentido técnico es manifiesto, pero mucho más su sentido religioso. De esa manera se aplicó a la venida de Cristo, a su vuelta al final de los tiempos, para llevar a cabo el triunfo sobre este mundo y manifestar la grandeza y el poderío del reinado de Dios. Esta vuelta, tal como creían los primeros cristianos, no estaba lejos (así en 1Tes 2,19; 3,13; 4,15; 5,23; 2Tes 2,9; 1Cor 15,23). Sin embargo, un cambio de actitud se va imponiendo poco a poco hasta ir desapareciendo paulatinamente de la visión escatológica y de las ideas del cristianismo. En los evangelios, ni el mismo Hijo del hombre conoce la fecha (Mc 13,32; Mt 24,36); y en la 2Tes se intenta justificar el retraso de la parusía por algo que escapa a los cristianos. En realidad era una forma de curar cierta fiebre apocalíptica ante dificultades y persecuciones. Ello fue beneficioso para valorar mucho más la transformación que el Reino de Dios debía tener en la historia actual, según el mensaje del mismo Jesús.

2) Sin embargo, hay que decir que el cristianismo no bebe exclusivamente en el helenismo su visión de lo que conocemos técnicamente como «parusía», sino que en el fondo es más fuerte un concepto bíblico de carácter profético que se conoce como el «día de Yahvé», el «día del Señor» y así lo usa también San Pablo (1Tes 4,18). Eso supone que los cristianos han reinterpretado un antiguo concepto bíblico de carácter escatológico y apocalíptico.

3) ¿Qué es el día del Señor? Como en casi todas las culturas religiosas, el día del Señor tiene dos aspectos: uno positivo, de salvación, de liberación, de triunfo de Dios sobre el mal y sobre los enemigos; por otra, desde la perspectiva de la predicación profética monoteísta, es el día del juicio, por ejemplo, contra todo orgullo humano (Is 2,6-22). Numerosos textos proféticos y apocalípticos apoyarían este doble sentido (cf Am 5,18-20; Jl 4,12ss; Sof 1,7-14 de donde se toman la expresión «dies irae, dies illa»; Ez 7,7-27).

4) ¿Qué sentido, pues, tiene la parusía? Reinterpretando todo lo que el AT y el NT nos sugieren, debemos tratar de entender que el día del Señor, el día de la parusía, no es un tiempo cronológico de un momento, o una fecha del calendario. Es una nueva situación que hay que aceptar por la fe y la esperanza en Dios. Es un concepto de excelencia en el que la salvación de Dios anunciada por los profetas y manifestada en la vida de Jesucristo es una realidad sin vuelta atrás. Por eso no es cuestión de ajustar el día de la parusía, o el día del Señor, o el día de la salvación, a un momento, a una hora, a un día, a un año. Se trata de reconocer la acción de Dios por los hombres. E incluso podemos afirmar que, desde la fe cristiana, supone reconocer la acción por la que Dios transformará la historia. De ahí que debemos entender y aceptar que la parusía ha comenzado en la Resurrección de Jesús y no terminará hasta que todos los hombres que existen y existirán serán resucitados como Jesús (así lo ve ya Pablo en 1Tes 4,13 y en 1Cor 15). Y eso será el signo definitivo, el día por excelencia, en el que la historia, es decir, la creación de Dios habrá llegado a su plenitud.

Iª Lectura: Proverbios (31,10...31): La sabiduría de las grandes decisiones

I.1. El ejemplo del libro de los Proverbios (31, 10...31) nos presenta precisamente a una mujer, la “mujer fuerte”, hija, hermana o madre en la que se puede confiar. Como la Biblia no es antifeminista, aunque su cultura esté impregnada por una mentalidad patriarcal, sí acierta en ver a la mujer como más abierta a lo escatológico, a lo espiritual, al amor por los pobres. Por eso, esta lectura, justamente, propone desde dónde se deben afrontar las últimas cosas de la vida. No conviene, de ninguna manera, hacer una lectura “contracultural”. La mujer no está reducida al hogar, a la casa, a los hijos... Lo importante en esta lectura es la gran capacidad de “decisión”.

I.2. La mujer judía, encargada de mantener el fuego en el hogar, y de encender las luces del shabat, experimentó desde muy pronto lo que significó su llamado al Reino. Ella encarnaba en Israel la sofía de Dios y, por lo tanto, debe enseñarla, iniciar a sus hijos en su camino. En el hebreo bíblico espíritu (ruah) y sabiduría, (hokma), son términos femeninos. Sofía, como una niña que danza ante Dios, (Prov 8,22ss), es el rostro humano del pensamiento divino y por lo tanto es a la madre a quien corresponde la iniciación de sus hijos en la prudencia. Israel valoró a la mujer como a una perla, desde su escondimiento e invisibilidad, pero también la apreció como profetisa, guerrera y reina. A pesar del patriarcalismo de la Biblia, sus autores no callaron totalmente nombres como el de Myriam, Débora, Judith, Ester, Ana... Ellas y muchas otras mujeres encarnaron el ideal de Israel, quien llegó a identificarse como nación con la "amada" del Cantar. La amada de

Yahvé a quien profetas y sabios dieron nombres y destinos femeninos, al reprender en sus desvíos la respuesta del pueblo a un amor de Alianza. Israel fue la elegida, la virgen, la esposa, la ramera... Oseas, Jeremías y Ezequiel vituperaron las infidelidades de Israel con nombres femeninos.

I.3. La mujer es más religiosa que el hombre; siempre lo ha sido. Y el elogio de la mujer en el capítulo último de los Proverbios es toda una analogía (y subrayo "analogía") para que demos importancia a lo que no queremos darle, como si eso fuera cosa de mujeres. Las cosas que merecen la pena, y especialmente las cosas de Dios, deben tener en nosotros la gran oportunidad que "la mujer", la madre, la hija, la hermana, da a los suyos. Y todos, varones o mujeres, tenemos que tomar grandes decisiones. En realidad aquí se habla de la mujer como si se tratara de la "sabiduría". Esa sabiduría bíblica, que es una sabiduría práctica, es la que se propone aquí en la imagen de la mujer.

II Lectura: Tesalonicenses (5,1-6): Esperar en la luz, sin miedo

II.1. La segunda lectura, en continuación con la del domingo pasado, nos muestra al Pablo primitivo al que la comunidad de Tesalónica le plantea grandes cuestiones y, concretamente, en lo que se refiere a la venida del Señor. Los primeros cristianos estuvieron obsesionados con ello. Esta es la segunda instrucción del apóstol sobre dicho acontecimiento. Para su enseñanza se vale del lenguaje profético veterotestamentario, de la literatura apocalíptica (mucho de ello lo encontramos en los textos de Qumrán): vendrá como cuando una mujer da a luz, que casi siempre es un momento inoportuno, entre la luz y las tinieblas, entre el velar y el dormir.

II.2. Pero el objetivo de Pablo es liberar la tensión que pesa sobre el momento y la hora de la venida e incidir en la actitud que hay que tener, como lo más importante: ese debe ser un instante de luz porque es evento de salvación, para lo cual se debe estar preparado. Por eso, el falso problema de cuándo, con su angustia e incerteza, se cambia por el cómo: desde la luz, desde la praxis del amor, la justicia, la solidaridad y el perdón. Así viviremos con Cristo.

Evangelio: Mateo (25,14-30): No «enterrar» el futuro

III.1. El evangelio de Mateo (25,14-30) nos muestra, tal como lo ha entendido el evangelista, una parábola de "parusía" sobre la venida del Señor. Es la continuación inmediata del evangelio que se leía el domingo pasado y debemos entenderlo en el mismo contexto sobre las cosas que forman parte de la escatología cristiana. La parábola es un tanto conflictiva en los personajes y en las reacciones. Los dos primeros están contentos porque "han ganado"; el último, que es el que debe interesar (por eso de las narraciones de tres), ¿qué ha hecho? : "enterrar".

III.2. Los hombres que han recibido los talentos deben prepararse para esa venida. Dos los han invertido y han recibido recompensa, pero el tercero los ha cegado y la reacción del señor es casi sanguinaria. El siervo último había recibido menos que los otros y obró así por miedo, según su propia justificación. ¿Cómo entendieron estas palabras los oyentes de Jesús? ¿Pensaron en los dirigentes judíos, en los saduceos, en los fariseos que no respondieron al proyecto que Dios les había confiado? ¿Qué sentido tiene esta parábola hoy para nosotros? Es claro que el señor de esta parábola no quiere que lo entierren, ni a él, ni lo que ha dado a los siervos. El siervo que "entierra" los talentos, pues, es el que interesa.

III.3. Parece que la recompensa divina, tal como la Iglesia primitiva pudo entender esta parábola, es injusta: al que tiene se le dará, y al que tiene poco se le quitará. Pero se le quitará si no ha dado de sí lo que tiene. Y es que no vale pensar que en el planteamiento de la salvación, que es el fondo de la cuestión, se tiene más o menos; se es rico o pobre; sino que la respuesta a la gracia es algo personal que no permite excusas. La diferencia de talentos no es una diferencia de oportunidades. Cada uno, desde lo que es, debe esperar la salvación como la mujer fuerte de los Proverbios que se ha leído en primer lugar. Tampoco el señor de la parábola es una imagen de Dios, ni de Cristo, porque Dios no es así con sus hijos y Cristo es el salvador de todos. Es una parábola, pues, sobre la espera y la esperanza de nuestra propia salvación. No basta asegurarse que Dios nos va a salvar; o aunque fuera suficiente: ¿es que no tiene sentido estar comprometido con ese proyecto? La salvación llega de verdad si la esperamos y si estamos abiertos a ella.



Pautas para la homilía

El Año Litúrgico está llegando a su fin. Invita a pensar que todo tiene un final. También la vida de cada uno de nosotros. Los creyentes no vivimos en la oscuridad. La fe nos ilumina para transitar la vida con sentido. El Señor hoy nos hace caer en la cuenta que no solamente hay sentido en “el más allá”, en la otra vida, sino también “en el más acá”, en esta vida, siempre que hagamos producir nuestros talentos. Los pongamos al servicio del Reino y cuando llegue el final de nuestra vida, quizás no nos pillarán con la sensación de haberla malgastado inútilmente, con la amargura de haberla perdida sin mayor provecho ¡Nunca es tarde para empezar!

Los cristianos creemos que hemos sido salvados ya por Jesucristo, pero aguardamos su manifestación gloriosa en la plenitud de los tiempos. El Señor se ausenta pero nos entrega su Espíritu para caminar y enfrentar los desafíos de esta vida. También distribuye, entra cada uno de sus seguidores, talentos para hacer productivo su Reino. Hubo una época en la que muchos cristianos nos esforzábamos por hacer “méritos”, por desplegar todas nuestras cualidades o talentos para ganarnos el Cielo. Creíamos que el Reino no tenía mucho que ver con las cosas de este mundo. Con todo, aportamos buenas obras, colaboramos en mejorarlo. Pero no pudimos evitar que la fe nos generara un serio conflicto interior, por si no alcanzábamos en dar la medida exigida. Hoy, entendemos que el Cielo es un don que Dios nos concede por los méritos de Cristo, y que nosotros lo acogemos como acto de nuestra libertad. A muchos nos ha tranquilizado, pero también nos puede haber quitado motivaciones para seguir realizando buenas obras.

Jesús vive y muere por un proyecto que incluye la transformación de este mundo según el querer del Padre y que él llama Reino. Si bien, Dios hace posible que éste crezca y se desarrolle misteriosamente, sin que sepamos cómo lo hace, no nos exige de aportar el fruto de los intereses de nuestra inversión en la causa del Reino. Nadie está exento. Porque incluso el que recibió un talento, recibió una fortuna. Tampoco a nadie se le pedirá más de lo que recibió. Pero, en cambio se beneficiará del que no aportó. El Reino sigue siendo gracia.

En la construcción del Reino todos hemos sido convocados a colaborar. Forma parte de la responsabilidad que conlleva la fe en Jesús. Dios nos incluye en su proyecto que tiene que ver con la historia humana. Apela a nuestra libertad adulta para convertirla en historia de salvación. Por eso nos ha dado los talentos para que nos sumemos productivamente en su misión de hacer un mundo más igualitario y justo. Y nos advierte que quien no se compromete con el Reino, tampoco merece compartir la felicidad de su Señor.

Dios no nos pide algo que no nos haya dado antes. De ahí el deber de rendirle cuentas. La cuestión no es si hemos hecho suficientes méritos para ir al cielo, más bien, deberíamos preguntarnos si nos hemos comprometido suficientemente en la causa del Reino. Es conveniente que revisemos la calidad de nuestro compromiso terrenal como creyentes. Ortodoxia y ortopraxis son inseparables. Fácilmente podemos caer en la crítica fácil – aunque legítima, por otra parte – ante la corrupción de políticos, banqueros, empresarios... pero sin asumir el mínimo compromiso social o político por cambiar la realidad del país en el que vivimos, como si el Reino no incluyera un proyecto de Dios a construir en este mundo. En tal caso, nos mereceríamos el calificativo de “servidor inútil y perezoso”.

No valen excusas ante la falta de compromiso de nuestra fe. Detrás del exceso de precauciones, de los reparos o de los miedos, no pocas veces escondemos actitudes cómodas, de pereza o de insensibilidad, ante la realidad que nos envuelve de exclusión social o poder financiero y económico reinantes. Enfermos, ancianos, emigrantes, pobres, marginados... esperan que les mostremos con gestos concretos el rostro solidario del Dios en quien creemos los cristianos. Todo ser humano que sufre interroga nuestra fe y nos ha de comprometer en lograr una sociedad más justa.

Puede, incluso, que los talentos que Dios nos dio los pongamos al servicio exclusivo de la propia auto-realización, como si fuera lo único importante en esta vida. Cuando vivimos “auto-referenciados” y lo mío está por delante y por encima de las necesidades de los demás, las lágrimas del prójimo pasan inadvertidas. Incluidas las de nuestra pareja, hijos, padres, o hermano de comunidad, compañero de trabajo, vecino de nuestra escalera... porque todo el interés lo acapara nuestro “ego”. La vida tiene sentido sólo si la compartimos con otros, si desarrollamos las cualidades que tenemos incluyendo a los demás, si nos hacemos solidarios del dolor ajeno, a ejemplo de Jesús, que pasó por este mundo haciendo el bien.

No faltan testimonios de fe comprometida. El libro de los Proverbios nos invita, en concreto, a tomar como modelo a la mujer que despliega sus talentos con creatividad y generosidad por el bien de cuantos la rodean. El protagonismo que hoy van tomando las mujeres en el mundo lo podemos considerar un “signo de los tiempos”. Forma parte de las

conquistas del Reino. Varones y mujeres deberíamos sumarnos activamente, en coherencia con nuestra fe, en la lucha por los derechos de las mujeres. Discriminadas todavía en muchos ámbitos, tanto sociales y económicos, como familiares o eclesiales. En el Reino no caben las diferencias de ningún tipo. Menos aún, aceptar la violencia o el comercio de personas del que son víctimas tantas mujeres. Actitudes contrarias al querer de Dios.



Fr. Rafael Colomé Angelats O.P.
Convento San José. Buenos Aires (Argentina)

Evangelio para niños

XXXIII Domingo del tiempo ordinario - 16 de Noviembre de 2014

Parábola de los talentos

Mateo 25, 14-30

Evangelio

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: - Un hombre que se iba al extranjero llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno; a cada cual según su capacidad. Luego se marchó. Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que había recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: - Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco. Su señor le dijo: - Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor. Se acercó luego el que había recibido dos talentos y dijo: - Señor, dos talentos me diste; mira, he ganado otros dos. Su señor le dijo: - Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor. Finalmente se acercó el que había recibido un talento y dijo: - Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces; tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo. El señor le respondió: - Eres un empleado negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco para que al volver yo pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dadselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré; pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadlo fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes.

Explicación

Jesús dijo esta parábola: Un rey salió de viaje y dio a un criado cinco talentos, a otro dos y a otro uno, y les dijo: negociad hasta que vuelva. Los que recibieron cinco y dos negociaron, pero el de uno tuvo miedo de perderlo y lo escondió. Luego vino el rey y echó cuentas. Y premio a los que habían negociado, pero castigó al que no había negociado. Pues así tenemos que hacer nosotros, tenemos que hacer producir a todos los dones que se nos han dado.